

Boletín bibliográfico



La segunda edición viene acompañada de reseñas sobre personajes entrañables y odiosos que parece que conocemos de toda la vida, un poeta que habla de escribir (o sobre escribir) como una enfermedad, el viejo Satán como un cronista lúcido, la literatura inmersa en la selva amazónica, la envidia que nos inspira un lugar boscoso lleno de libros y vinilos, el trabajo como fuente de miseria o una vida desagradable y el concepto de *dictadura* como una lucha política.

VIEJAS FORMAS DE PASAR LA PÁGINA

Por Julián Bernal Ospina

Hoy en día la censura gana terreno: en algunas escuelas se prohíben libros de García Márquez, Hemingway, Lessing, entre otros. Todos los días se abren nuevas librerías independientes, pero también todos los días se cierran editoriales, como Tragaluz, que decidió no continuar más. ¿Qué sentido tiene entonces crear una editorial independiente en épocas de censura? ¿Qué sentido hay en publicar un boletín bibliográfico cuando no es claro el panorama de las editoriales independientes?

En una entrevista para la revista *Gaceta*, Pilar Gutiérrez, la cofundadora de Tragaluz, explicaba que, en parte, el cierre de la editorial se debió a

que necesitaban un momento para reflexionar. Este boletín es eso: una pausa para reflexionar y quejarnos mejor. Sabemos que editar y publicar libros es nadar contra la corriente y apagar incendio tras incendio; pero también es interesarnos por la materialidad de las cosas —el papel, la tinta, el sonido de las máquinas imprimiendo— o por la artesanía de los libros —el cuidado para cortar, armar e imprimir cada página—, incluso cuando la inteligencia artificial parece ahogarnos.

No somos tan digitales como para darles el sentido pésame a los libros de papel o a los creadores de libros —escritores, ilustradores, correctores—. Nadar contra la corriente permite sacar buen músculo y estamos dispuestos a pulir nuestra habilidad de apagar el fuego. También

hay que seguir reflexionando sobre el trabajo casi invisible —y entre más invisible mejor— del editor.

Mientras nos consumimos en tanto vacío de *scrolling*, en este boletín proponemos viejas formas de pasar la página. Que los dedos se unten de tinta y que las gotas de café caigan sobre la hoja. Puede que al final esta ilusión se convierta en papel para limpiar los desperdicios del gato o para que el piso de la casa no se manche de pintura mientras pasa la remodelación. Incluso en ese momento alguien mirará el periódico arrugado y recordará que existió un boletín bibliográfico de Jaravela Editores en el que remó un poco entre letras.

Tal vez habrá valido la pena.

Pág. 1

VIEJAS FORMAS DE PASAR LA PÁGINA
Por Julián Bernal Ospina

LA VIDA QUE NOS MERECEMOS
Por Pablo Rolando Arango

Pág. 2

ON WRITING
Por Gustavo Reyes

EL GRAN CRONISTA
Por Marcela Castillo Villegas

Pág. 3

AZULVERDE: LA SELVA QUE DEVUELVE LA MIRADA
Por Angela Gaviria Piedrahita

LA MUERTE DEL COMENDADOR
Por Mayra Y. Giraldo

Pág. 4

LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO
Por Carlos Mauricio Arévalo Amaya

DICTADURA. SIGNIFICADOS Y USOS DE UN CONCEPTO POLÍTICO MENTAL
Por Mery Castillo

LA VIDA QUE NOS MERECEMOS

Por Pablo Rolando Arango

Se supone que, por su obligada brevedad, el cuento no es propio para el desarrollo de personajes; pero una parte importante del arte de López consiste en dejarnos unas personas entrañables, odiosas también, estrujadas por fuerzas contrarias, zarandeadas de aquí para allá por sus vicios y sus virtudes, por un mundo que no entienden, en busca de lo que tampoco conocen ni siquiera cuando lo alcanzan.

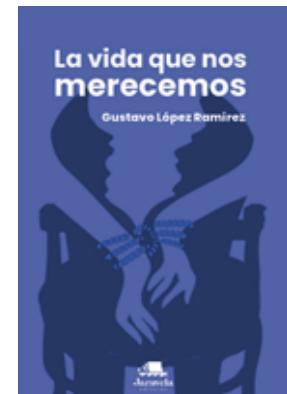
Está, por ejemplo, el gordo Plutarco, un muchacho matoneado desde la infancia por su propio padre, un filósofo grecocaldense infatulado y alcohólico, el pobre Plutarco aplastado también por las burlas de sus colegas en la infancia, en la juventud y en la adultez, pero con una firmeza de espíritu que le permite abrirse paso en el mundo en el único oficio que le interesa y que heredó de su madre: la cocina. Está la madre, Berenice, gracias a la que el relato produce un contraste alegórico entre la vana sabiduría humana, encarnada en los ensorbercidos profesores de filosofía, hinchados de palabras y citas de libros, por un lado, y la sabiduría bruta y milenaria de la

naturaleza, por el otro, encarnada en Berenice, una mujer que domina, con la maestría incomprendible de la selva, los secretos de las plantas y las aguas. Ya se imaginarán ustedes el resultado final del enfrentamiento entre esta fuerza incontenible y la impotente sofisticación de los eruditos.

Está también el par de amigas que bajan hasta Chinchiná para comprar la mariguana punto rojo de la Sierra Nevada que venden en una casa morada al doblar la esquina, un viaje que la narradora cuenta con el ritmo trepidante de la película *Thelma y Louise*, no se lo pierdan. Está también el pobre médico gastroenterólogo al que le diagnostican un cáncer de páncreas y comienza entonces un debate interno sobre la vida y la muerte, sobre el posible significado de su vida ahora que ya ve el final, discutiendo con su propio cementerio de pacientes que dejó morir o no pudo salvar, da lo mismo, con lo que aprendió sobre el organismo humano y su destino final, siempre el mismo, en los libros de medicina y de filosofía cuyas palabras ahora sólo puede pronunciar, pero ya no les encuentra el significado porque se han convertido en susurros apenas para acompañar la matanza colectiva de la vida. Y están

los desechables del último cuento, y doña Miriam, su anfitriona involuntaria, un cuento que también es un reflejo de nuestra necesidad insaciable de mentiras bien contadas (a este respecto, recuerda a *Un sueño realizado*, de Onetti, así de bueno es).

También está esa dicha infantil que uno siente cuando le cuentan una historia de alguien que uno conoce, ese interés repentino que despiertan en uno los chismes del sitio donde vive, esa atención inmediata que uno presta cuando le hablan de las cosas que pasaron en las calles por las que uno camina, en los bares donde uno bebe, en las carreteras por las que uno viaja. Esta misma alegría provinciana se dispara con este libro para quienes vivimos en Manizales, ya que su prosa fulgurante condensa la tristeza, la belleza y el absurdo de esta ciudad y sus alrededores.



LÓPEZ, GUSTAVO. (2025) *La vida que nos merecemos*. Jaravela editores. (222 páginas).

ON WRITING

Por Gustavo Reyes

La versión en español de este libro se llama *La enfermedad de escribir*. Una decisión interesante, porque *On Writing* sería literalmente *Sobre escribir* o *Acerca de escribir* (si me apuran, *De escribir*). No encontré la justificación hasta la página 197, la carta a Henry Hughes el 13 de septiembre de 1990, en la que Carlitos dice: «Sometimes I've called writing a disease». En español: «A veces me he referido al escribir como una enfermedad».

On Writing es un compilado de cartas escritas por Charles Bukowski, seleccionadas y ordenadas por Abel Debritto. «Buk» habla de su vida alrededor del asunto principal de estas cartas —que usualmente discurren sobre los rechazos de sus textos, sus publicaciones, sus éxitos o sus fracasos—. La primera carta está fechada en 1945 (Bukowski tenía 25 años) y la última en 1993 (72 años). Leer las cartas se siente como acompañar al escritor en su envejecimiento, en sus fracasos y en



su rotundo éxito, lo vemos crecer a medida que sucede. Como son cartas dirigidas en su mayoría a editores, hablan de los eventos, sus novelas y sus cuentos como algo con lo que el lector ya está familiarizado —afortunadamente, en estos casos, Debritto nos provee de contexto al inicio de cada nombre nuevo—.

El recolector de cartas hizo un gran trabajo al proponer una narrativa con su selección, pues Charles escribió muchísimo. Al parecer le mandaba todo a su editor John Martin, quien debió de haber terminado con bodegas llenas de textos del maestro del realismo crudo. Si bien es un libro de cartas —Carlitos es más conocido por otros géneros—, su habilidad invadió todo lo que escribía. Estas son unas cuantas frases que se quedaron en mi memoria:

«El alma de un hombre, o la falta de ella, se hará evidente con lo que pueda tallar en una hoja de papel».

«Vivo en la casa de una joven y a veces tenemos problemas —ella dice que es amor, yo digo que son problemas».

«Esto lo escribo desde mi sangre y desde alma, no desde mi intelecto».

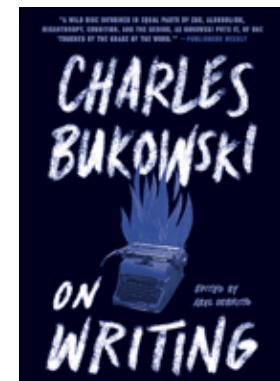
On Writing nos muestra un lado de Charles que va más allá de sus trabajos más reconocidos. Se

identifica perfectamente su estilo, su ritmo y su humor. Los textos de Bukowski muerden. Además, incluye dibujos que son una belleza (no sabía que dibujaba). Se vuelven una ventana por la que se adivina a una persona sensible y extremadamente dedicada a la escritura —y a la bebida—. Es interesante conocer su opinión del acto creativo: su desprecio hacia quien intenta enseñar a otros cómo escribir, su idea de las responsabilidades de un artista y sus pensamientos acerca de los escritores que han obtenido éxito.

Definitivamente recomiendo tener *On Writing* en el librero, ojearlo de vez en cuando. Mi copia está llena de anotaciones, rayas y marcatextos. Siempre señalo las fechas de las cartas que me gustaron y las líneas que me parecieron más ingeniosas. Sugiero leer a Bukowski con una cerveza en la mano. Pero no más una (bueno, dos).

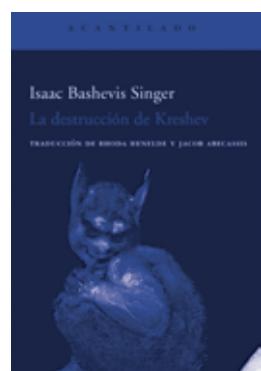
Dibujo de Gustavo Reyes

BUKOWSKI, C. (2016) *On Writing*. Ecco. (240 páginas).



EL GRAN CRONISTA

Por Marcela Castillo Villegas



Mucho se halamentado la muerte de Dios, pero poco se ha llorado sobre la tumba del Diablo. ¿La razón? No hay mucha gente dispuesta a sufrir su pérdida en público. Para quienes dudan del fratricidio, basta echar una mirada a la narrativa reciente: notarán la progresiva desaparición del Maligno. Entre las hipótesis —sin duda inventadas por él— están el crecimiento moral, la admisión de la maldad como un producto humano y la consecuente necesidad de hacer que este personaje se esfume de nuestra imaginación, pero, sobre todo, de nuestras disculpas.

Por esto, la breve novela del premio Nobel polaco Isaac Bashevis Singer (1904-1991) se siente como un refrescante soplo de azufre en un mundo cargado de responsabilidades. Su protagonista es el viejo Satán, que aún goza de alegre salud en la región de Kreshev, Ucrania:

«Yo soy el Espíritu del Mal, Satanás, la serpiente primigenia. Como bien sabéis, me encanta concertar extraños matrimonios. Disfruto emparejando a un viejo decrepito con una joven, una mujer fea y varias veces viuda con un muchacho imberbe (...)

una persona retraída con otra descarada. Dejad que os cuente la historia de una unión particularmente «interesante» que hace algún tiempo maquiné en un shtetl —pequeño pueblo— situado a orillas del río San, la cual, más que proporcionar a las personas un tema de burla, me ofreció la oportunidad de llevar a cabo una de esas jugarretas mías que hacen perder, en un abrir y cerrar de ojos, no sólo este mundo sino también el venidero».

Así comienza este relato que los sentará en la silla un par de horas; no intenten levantarse, parar y mucho menos rezar. Sospecho que la presencia del maligno nos contagia porque al abrir el libro no pude detenerme, estaba poseída por la necesidad de saber lo que pasaba. Por fortuna, el lugar creado por Bashevis no parecía gozar de la lectura de san Agustín, pues allí el Diablo seguía siendo benevolente y cumpliendo con cariño su tarea de asumir las culpas humanas.

A parte de las evidentes ventajas de achacarle nuestras malas decisiones, Satanás constituye lo que bautizaré El Gran Cronista. Con ello me refiero a que es difícil notar el momento en que nuestras costumbres se vuelven estúpidas, y las aceptamos, aunque nos quejemos; su papel, entonces, es el de un benefactor, un Cronista lúcido y necesario para mostrarnos esos momentos.

Bashevis nos presenta a un agudo observador de nuestra condición, que interviene en los asuntos humanos y parece conocer nuestro corazón. Incluso comprende que no logrará tocar a algunas personas, a la gente común, sobre todo,

que suele acabar sus días en paz, porque su misma sencillez los protege de la mala suerte. En cambio, logra actuar con fuerza sobre los que ansían saber. Es en la peligrosa mezcla de inteligencia y pasión donde comienza la destrucción del pequeño shtetl, una destrucción llevada a cabo a través del amor, y de la que nunca sabremos si culpar totalmente al demonio, pues en esta empresa emplea uno de sus trucos más complejos, hacernos creer que causamos un bien cuando hacemos el mal.

SINGER, I. B. (2007). *La destrucción de Kreshev*. Acantilado. (119 páginas).

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO JARAVELA EDITORES.

Periodicidad bimestral
Número 2
Noviembre 2025
Manizales- Colombia
Tiraje 1000 boletines

Teléfono: 311-762-0260
Dirección: CR 25 65-110

EDITORA
Manuela Alejandra García Herrera

CORRECTOR DE ESTILO
Carlos Mauricio Arévalo Amaya

DISEÑADORA
Juliana González Romero

AZULVERDE: LA SELVA QUE DEVUELVE LA MIRADA

Por Ángela Gaviria Piedrahita

Marco Tobón anda siempre con su mochila, su mirada enérgica, su palabra elocuente, un par de tarritos con hoja de coca y *ambil*, algún chiste malo y una anécdota por contar. Mantiene entre viaje y viaje: de la selva a la ciudad y de la ciudad a la selva. Gajes del oficio de antropólogo. De esos viajes, esa energía y esa mirada han salido los diez relatos que componen *Azulverde*. Marco transmuta en literatura su inmersión en el Amazonas. El libro inaugural de la colección Nébula y, al mismo tiempo, el debut de Jaravela adentra al lector en una narrativa florecida de ironías y críticas, atravesada por una arriesgada sensibilidad poética. Marco, en aquella espesura, nos hace escuchar por primera vez lo que siempre había estado ahí. Las plantas hablan y nos salvan, pero más importante, se salvan a sí mismas; Popeye es un mambeador más, y volar no es asunto de aviones, naves e ingenieros, sino de «(...) saltar al vacío y perder el miedo a caer».

En el sueño del tabaco, las hojas de coca y los fermentos, los relatos de Marco Tobón proponen un cambio de perspectiva: no se trata de cómo

vemos la Amazonía sino cómo la Amazonía nos ve. La selva nos devuelve la mirada. La voz de Marco se detiene un momento en silencio para escuchar y hacernos escuchar. No habla desde la mirada lejana que observa, estudia y escribe a lo indígena como su objeto de interés —como si acaso tuviéramos algo por decir—. No nos informa sobre las comunidades indígenas del Amazonas, sus hábitos, rituales y sueños. Sin vicios exotistas, Marco más bien permite que sean las propias miradas amazónicas las que se manifiesten, a veces en la naturalidad de los caminos que conocen, a veces enmalezados en las rarezas de la ciudad. Un ejemplo de esto está en el relato *Popeye el marino era mambeador*. Mientras la cultura occidental se ocupaba en discutir si la espinaca que hacía fuerte a Popeye era una alusión a la marihuana, para Vicente Hernández, del pueblo murui de Araracuara, es claro que esa planta revitalizadora no podía ser otra cosa que hoja de coca. El clásico símbolo de la infancia de repente tiene sentido. O en *El rapé de Napoleón*, en donde el militar francés es inhumano, pero no por cualquier posible razón histórica, sino por compartir rapé con su gacela.

Así mismo, ahora somos nosotros los extraños y torpes en la vastedad de la selva, en medio de nombres que no sabemos pronunciar y de sueños que no nos atrevemos a tener. Podemos, como el holandés de *Un biófilo en el Amazonas*, incursionar más en las trochas y aventurarnos hasta el fondo, pero solo bajo el riesgo de no salir intactos de sus páginas, sino rasguñados por la maleza, picados por los bichos, con algún dolor articular y buscando a lo lejos ese color intermedio, a la distancia en que las montañas verdes se van convirtiendo en un azul profundo y se confunden las nubes con las cordilleras.



TOBÓN, M. (2024). *Azulverde*. Jaravela editores. (124 páginas).

LA MUERTE DEL COMENDADOR

Por Mayra Y. Giraldo

Hasta hace muy poco estaba convencida de que la falta de tiempo para leer se debía a las miles de ocupaciones y al cerro de lecturas obligatorias que debo atender todo el tiempo. Cuando estaba muy desocupada lograba encontrar entre veinte y treinta minutos para dedicar a las lecturas que tanto me gustan.

En una de tantas visitas exprés de Paula, mi prima, hablamos sobre libros. Ella mencionó *La muerte del comendador* de Haruki Murakami. Dijo que era una maravilla, que me lo podía prestar. Acepté el ofrecimiento y a los pocos días me lo pasó.

La novela, que se divide en dos tomos, relata un episodio de la vida de un retratista que, por problemas maritales, se fue a vivir solo a una cabaña. Quedaba en medio de las montañas, a las afueras de Odawara, y pertenecía a Tomohiko Amada, un famoso pintor japonés. Estando allí conoce a un tipo raro, su vecino, que le encarga un retrato. También encuentra un cuadro inédito de Amada titulado *La muerte del comendador*. El cuadro hace alusión a una escena de *Don Giovanni*, de Mozart, y a un momento de la vida del famoso pintor.

La obra, el vecino y unos cuantos retratos ocasionan una serie de eventos extraños que obligan al pintor a modificar su obra, a reconfigurar muchas de sus creencias y, en últimas,



a replantear su vida. Aunque esto último no nos debe emocionar, porque ese giro es un giro de 360 grados.

Habían pasado años desde la última vez que me sentía incapaz de soltar un libro. No recordaba cómo era ignorar las piernas entumecidas y las ganas de orinar por seguir la historia. *La muerte del comendador* me absorbió a tal punto que dejé acumular el trabajo de una semana, porque era más importante terminar la historia que atender a mis labores.

Recuerdo especialmente que una de las cosas que me mantenía absorta en la lectura era la envidia que le tenía al personaje principal. Pero mi

envidia no fue despertada por las peripecias que el retratista tenía que atravesar (ciertamente prefiero mi vida poco emocionante que los enredos de aquel tipo). La despertaba el lugar en donde él pasó la mayor parte de la novela.

El pintor terminó viviendo en una cabaña, quedaba en una zona medio boscosa y al fondo se lograba ver el mar. La mayoría del tiempo hacía frío, el silencio era casi sepulcral, los vecinos eran pocos y estaban muy alejados entre sí. Estaba llena de vinilos y libros, tenía un pequeño jardín y se podía realizar cualquier actividad sin temor a ser interrumpido. El lugar es descrito de tal manera que solo podía pensar en lo mucho que me gustaría vivir en un sitio así.

No estoy muy segura de que se trate de una novela memorable. Ni tampoco creo que se pueda destacar del todo su historia. Lo que sí sé es que fue una lectura que no me soltó, que me obligó a seguirla hasta el final. Es una novela que exige una lectura maratónica.

Aunque al final llegué exhausta y me invadió ese vacío que hay detrás de la última página de todos los libros, también quedó el gusto de haberme sumergido en tan amena historia.

MURAKAMI, HARUKI. (2023). *La muerte del comendador* (Libro 1). Tusquets Editores. (476 páginas).

MURAKAMI, HARUKI. (2022). *La muerte del comendador* (Libro 2). Tusquets Editores. (491 páginas).

LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO

Por Carlos Mauricio Arévalo Amaya

Escribir manifiestos es un arte complejo. Este oficio consiste en capturar los reclamos de la época con alguna dosis de sensatez, pero es difícil defender que este librito de Bob Black contenga la suficiente. Solo mire el inicio: «El trabajo es la fuente de casi toda la miseria existente en el mundo». Usted podría preguntarse cómo la actividad humana que le permite invitar a su hijo a Frisby es la fuente del mal, así como lo es el secuestro o la rapiña.

Querido lector, lleva usted razón al preguntar qué de malo tiene, seriamente, trabajar. Permítame responderle de manera breve. Todos los que hemos sido empleados podemos entender lo siguiente:

«Un “curro” que podría ocupar las energías de alguna gente durante un período de tiempo razonable por mera diversión, no es sino una carga para quienes tienen que realizarlo durante cuarenta horas semanales [no válido para Colombia] sin poder opinar sobre cómo debe hacerse, en beneficio de propietarios que no contribuyen nada al proyecto, y sin oportunidad alguna de compartir tareas o repartir el trabajo entre quienes lo hacen concretamente».

Bob Black nos dice lo que todos sabemos, que el trabajo hace a nuestras vidas desagradables, brutales y breves. Por poner un caso colombiano, mineros de Cerrejón, en La Guajira, sufren de enfermedades relacionadas con la extracción de carbón, en completo abandono —empresarial o estatal—, como lo mostró *El Espectador* en un reporte del 24 de junio de 2025. Bob Black ilustra este punto con cifras norteamericanas y se pregunta si es tan descabellado abolir el trabajo en nuestras sociedades. Cita a Paul y Percival Goodman, quienes calcularon (de algún modo) que solo el cinco por ciento de los trabajos era realmente útil. Los demás trabajos, bien conocidos por la juventud, como ofrecer planes de Claro, Tigo o Movistar, ejercen una suerte de control social. Mejor tenernos en estas actividades que leyendo manifiestos.

Citando las críticas de Heráclito, Jenofonte, Platón y Cicerón sobre el trabajo, Bob Black se pregunta por la libertad. ¿Somos libres en nuestros momentos de ocio? No, solo esperamos la campana de la fábrica. ¿Necesitamos más vacaciones? No, él va más allá. No quiere espacios de no-trabajo, quiere una sociedad con «pleno desempleo». Para decirlo llanamente, propone abolir el trabajo, no hacerlo más soportable.

Mire un detalle no menor: este manifiesto fue publicado en 1985. Sin embargo, Bob Black coloca el dedo en la llaga de 2025. Su propuesta no se basa en la automatización tecnológica: ¡que las máquinas trabajen! Al contrario, intentamos ser más productivos con ellas, las usamos para trabajar más. En 1985 Amazon no existía y Elon Musk no era el oligarca que es hoy. Con agudeza dijo que su propuesta no podía depender de inventos que solo han servido para que el trabajo sea más opresivo. Se basa en una verdad más primitiva, menos sofisticada: a todos nos gusta jugar. ¿Por qué no organizar a la sociedad desde el juego? ¿Por qué no cambiamos la disciplina por la lúdica?

Querido lector, ya queda en usted decir cuánta sensatez tiene (o no) este librito.



BLACK, BOB. (2025). *La abolición del trabajo*. Literata Marginalis. (57 páginas).

DICTADURA. SIGNIFICADOS Y USOS DE UN CONCEPTO POLÍTICO MENTAL

Por Mery Castillo

Vivimos un momento donde muchas democracias formales mantienen elecciones y mecanismos de participación, pero al mismo tiempo enfrentan procesos de concentración del poder, personalismos y la erosión de los controles institucionales. Esta ambigüedad exige revisar las categorías tradicionales con las que pensamos la política: democracia, tiranía, autocracia, dictadura. ¿Siguen siendo útiles? ¿O nos enfrentamos a conceptos compuestos que combinan elementos contradictorios?

El término dictadura, de tanto utilizarse mediáticamente, parece sencillo de comprender; se asocia rápidamente con gobiernos militares, régimen autoritarios o líderes que concentran todo el poder. Pero, como muestra este libro colectivo coordinado por Cecilia Lesgart, la historia es mucho más compleja. Dictadura. Significados y usos de un concepto político fundamental propone volver a pensar este concepto no como una definición cerrada, sino como una palabra en permanente disputa, cargada de sentidos que cambian con el tiempo y según quien la use.

La obra abre con una introducción de Luciano Nosoeto que rastrea la relación entre golpe de Estado y dictadura. Aunque en América Latina los solemos confundir, no son lo mismo; puede

haber golpes sin dictaduras y dictaduras que nacen sin un golpe clásico. Esa primera clave marca el tono del libro, mostrando que nada es tan lineal como lo pensamos.

La primera parte vuelve a los orígenes romanos de la palabra, donde la dictadura era una magistratura excepcional, limitada en el tiempo y aceptada como parte del orden republicano. ¿Cómo pasamos de esa figura legítima a la imagen actual de opresión? Autores como Gabriela Rodríguez Rial y Eduardo Rinesi muestran cómo: con el paso de los siglos, el término se fue asociando con el poder personalista de líderes



fuertes, como César o Bonaparte, hasta llegar a la dictadura del proletariado en el pensamiento marxista.

En la segunda parte, el foco está puesto en el siglo XX. Robert Michels, Ernst Fraenkel o las teorías de la democracia totalitaria sirven para explorar los regímenes que mezclaban elecciones con represión, normas legales con estados de excepción. Aquí la dictadura ya no aparece como un fenómeno externo a la democracia, sino como una amenaza latente en su interior.

La tercera sección baja a tierra con estudios de caso. Cecilia Lesgart propone usar la categoría de autoritarismo para entender mejor al franquismo, mientras Lorena Soler analiza cómo en Paraguay la dictadura de Stroessner dejó huellas que llegan hasta el presente. Por su parte, Concepción Delgado Parra revisa la experiencia mexicana del PRI como una dictadura camuflada, un régimen de partido único que funcionaba bajo ropajes democráticos.

La última parte conecta también con debates actuales. Lorena Pontelli presenta cómo las organizaciones revolucionarias argentinas usaban la palabra dictadura en sus publicaciones, mostrando que también era un concepto de lucha política. Sabrina Morán analiza el curioso caso de la infectadita, el neologismo que circuló en redes durante la pandemia para criticar las restricciones sanitarias. Finalmente, Julián Melo y Javier Franzé se preguntan si es posible pensar una comunidad política que no se organice en torno a la lógica autoritaria.

El libro deja en claro que dictadura no es una pieza de museo, sino un concepto vivo que todavía organiza la manera en que hablamos y disputamos el poder. Pero también alerta sobre un riesgo, cuando todo se llama dictadura —desde un régimen militar hasta una cuarentena—, la palabra se vacía de sentido. La recuperación crítica que hacen los autores, mostrando casos como el franquismo, el largo régimen del PRI o la dictadura de Stroessner, es también una advertencia para el presente latinoamericano.

Hoy, mientras Javier Milei en Argentina banaliza la memoria de la dictadura militar con un revisionismo provocador, Nayib Bukele en El Salvador concentra el poder en nombre de la «seguridad» y sectores opositores en distintos países denuncian «dictaduras» incluso frente a gobiernos democráticamente electos. La batalla por el sentido del término sigue abierta. En este panorama, el caso venezolano ilustra bien la tensión. Para unos, se trata de una dictadura que manipula las instituciones y sofoca la oposición; para otros, un gobierno acosado que mantiene una legitimidad democrática frente a presiones externas.

El libro ayuda a entender que el debate no pasa solo por aplicar etiquetas, sino por analizar cómo y por qué se disputan los significados de las palabras que usamos para describir la política.

Nombrar importa. Llamar dictadura a lo que no lo es debilita nuestra capacidad de reconocer el autoritarismo real cuando aparece y deja a las democracias más expuestas a su fragilidad estructural. Esto permite comprender cómo los conceptos políticos son también campos de disputa, atravesados por valoraciones normativas y luchas de poder.

LESGART, C. (2024). *Dictadura: significados y usos de un concepto político fundamental*. CLACSO. (290 páginas).

✉ jaravelaeditores@jaravela.com

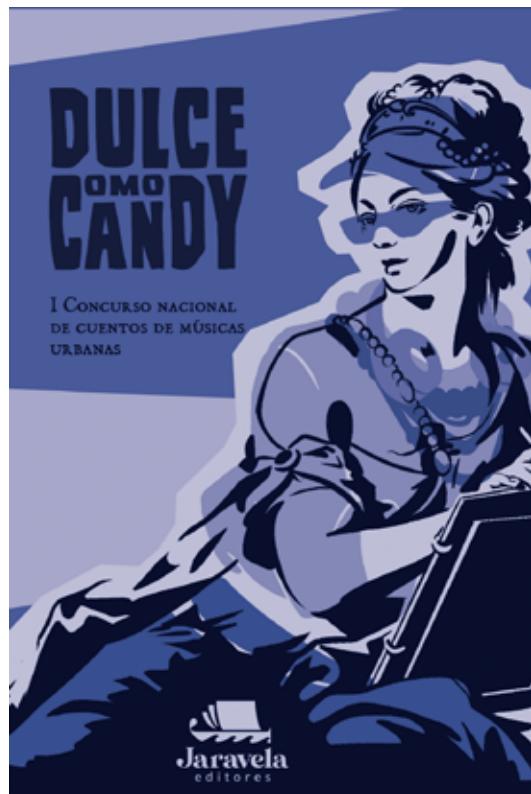
✉ [@jaravelaeditores](https://www.instagram.com/jaravelaeditores)

🌐 [jaravela.com](https://www.jaravela.com)



CONOCE NUESTRO ÚLTIMO LANZAMIENTO: **DULCE COMO CANDY**

COLECCIÓN: Nébula



Entre sus ritmos se infiltra todo lo que sucede y suena en las calles: los romances furtivos, los bailes improvisados, las rimas violentas, los movimientos estrechos, los perfumes chillones y la libertad y la violencia que dictan cada paso. Sus narrativas apuestan a redefinir lo que entendemos por músicas urbanas y desafiar los temas sobre los que se puede escribir. Bruscos como una puñalada, frescos como una guanábana en la tarde y tan frenéticos que hasta los perros se enloquecen: solo quedarán intactos quienes no se atrevan a bailar.

Cada lector entra bajo su responsabilidad. No respondemos si resucita de este trance al tercer día con la piel pegaosa, poseido por instintos dionisíacos y sin acordarse ni siquiera de su nombre. En el mixtape: reguetón viejo, rap de los 90's, rock clásico, hip-hop descaderado, punk enardecido, trap: todo lo que suena en la calle. El código de vestimenta: maquillaje dramático, peluca extravagante, botas rosadas, blusa escotada con lentejuelas y minifalda de jean. Bebida de cortesía: un salpicón de sabores sudorosos. Posibles efectos secundarios: locura, enamoramiento, amnesia y muerte. Nada que no le haya pasado antes. Así que déjese arrastrar de la mano hasta el centro de esta fiesta. No importa si no sabe bailar. Pero amárrese bien los zapatos, no vaya a ser que amanezca sin uno.

AUTORES

- Johan Steven Giraldo Pineda
- Daniel Felipe Naranjo Pérez
- Wilmer Romero
- Andrés Felipe Carmona Pinzón
- Sol Giraldo Marín
- Gus Reyes
- Juan Simón López Cruz
- Camilo Sepúlveda
- Juan Esteban Otálvaro Gómez
- David Gómez Guerrero
- Julián Camilo Vargas Vargas
- Carlos Mauricio Arévalo Amaya
- Gabriel Herreño
- Juan Gómez
- Natalia Rodríguez Rodríguez
- Julián Bernal Ospina